

cia sagrada, mostrar sus destinos y bosquejar su gloria: empeño difícil en verdad, pero trabajo que no será del todo estéril, si atinamos al ménos con algunos puntos dominantes á donde llamar el talento de la juventud que se prepara con el estudio de las ciencias eclesiásticas á ejercer el santo y glorioso ministerio de la palabra divina.

¿Cómo llegar á este resultado? Determinando con exactitud los principios constitutivos, la filiación propia y las relaciones universales de un género que, visto bajo todos sus aspectos, campea noblemente y sin rival en el vastísimo teatro de la literatura; pues encierra por una parte los inapreciables tesoros de la sublimidad, domina por otra en la región de los sentimientos, y se apodera sin esfuerzo de todas las facultades del hombre para subyugarle por la admiración, vencerle por el temor ó la esperanza, ganarle con las imágenes peregrinas de la virtud y la felicidad, haciéndolo entrar todo en el círculo de su pensamiento, y atando con lazos indisolubles á Dios con la humanidad, á la tierra con el cielo.

Tres cosas hai que estudiar en la elocuencia sagrada, para sentir los efectos de su poder, columbrar su rango y descubrir su genio. ¿Cuáles? Su existencia, sus relaciones y sus leyes. La reunión actual de sus atributos esenciales, el lugar entendido que ocupa entre todos los ramos cuyo conjunto forma el objeto comun de la razón y la voluntad humana, y por último, las consecuencias legítimas de esta localidad lógica, en cuya expresión total reconocemos el código de la razón y del buen gusto: he aquí lo que debe observarse con escrupulosidad. Lo primero está representado en la misión divina del orador sagrado; lo segundo en la filosofía; lo tercero en la crítica literaria. Es visto, pues, que vamos á examinar la materia bajo este triple aspecto, considerando la elocuencia sagrada como una institución divina, como un agente de civilización, y como un reservatorio inmenso de cultura y de gloria para la inteligencia y el genio.

PRIMERA PARTE.

Mientras los hombres no estuvieron estrechados con otros vínculos que los puramente humanos, el inestimable privilegio de la palabra, reducido á la clase de un talento, ni tu-

vo mas teatro que el de las pasiones para lisongearlas, ni mas medios que la destreza en el persuadir, ni mas autoridad que la reputación literaria, ni otro fin que el interés particular de los ciudadanos, ó cuando mucho el exterior bienestar de las naciones. Jamás ocurrió á los antiguos que aquel resorte maravilloso pudiera merecer un destino mas elevado, ni ménos todavía el hacerle bajar inmediatamente de los cielos. Demóstenes en la república de Atenas y Cicerón en la de Roma, después de haber contrastado el primero desde la tribuna las fuerzas poderosas de Filipo, y abatido el segundo mil veces á los facciosos, ó confundiendo la calumnia, vindicado la inocencia en el foro, murieron cubiertos de gloria, dividiéndose, al parecer, ya desde entonces los homenajes de admiración y reconocimiento de la posteridad inmensa que habia de sucederles. Incapaces empero de sospechar ni que pudiera extenderse más el círculo del orador, ni que la elocuencia fuera susceptible de nuevas perfecciones, creyeron acaso, al descender al sepulcro, haber cerrado juntamente al genio las avenidas ilustres de una mas eminente celebridad. A la vista de una decadencia tan grande como la que sufrió la oratoria, inmediatamente después que ya no sonó ni en el senado ni en el foro la voz elocuente de Tulio, se hubiera creído sin dificultad ninguna, que habia huido, para nunca volver, la edad de oro de la elocuencia. Hai mas: con los enemigos de Filipo y Antonio habian ya desaparecido aquellas formas populares; y sucediendo á la tribuna del pueblo el palacio de los Césares, también las voces de aquellos vehementes republicanos quedaron reemplazadas con la culta lira de Horacio, los compasados trinos de Virgilio sobremana gratos al oído del vanidoso Augusto, y las quejas melódicas del poeta que desde las riberas del Ponto divinizaba á sus tiranos.

En una situación tan triste para la elocuencia, relegada ya de la capital del imperio, esta voz, pronunciada en un rincón de la Judea, se difunde como el trueno por todos los ángulos del mundo conocido.—“Id por todo el universo, predicad el Evangelio á toda criatura: el que creyere y se bautizare se salvará; pero el que no creyere será condenado (1).”

(1) Marc. Cap. 16, vv. 15 et 16.

Voz sublime y divina que elevando al hombre hasta la altura en que reside aquel que le sacó de la nada, le preparó ya desde entónces un imperio que, aunque tenia su principio en el tiempo, debia perderse en la eternidad. ¡Qué hermosa no se ofrece al espíritu semejante institucion que comete al dominio de un solo hombre lo que mas sorprende y admira sobre la tierra! No son ya las sectas orgullosas de la antigua filosofía quienes exaltando los triunfos de su razon se arrojarán el privilegio de renovar el entendimiento humano: la autoridad de Aristóteles y su maestro no resonarán en la Academia ó el Liceo para someter los espíritus acaso al dominio del error. Un hombre solo que comunica de un modo mui íntimo con su Criador recibirá inmediatamente de sus manos el rico depósito de las eternas verdades. El maestro no habrá menester de contar entre los discípulos de su escuela un genio bélico y emprendedor que lleve sus doctrinas por cuantos son los pueblos sometidos al poder de las armas: bastará que se abran los labios de un apóstol, obediente al influjo insinuante de la caridad, para que sus divinos oráculos salven las mayores distancias, triunfen de todos los tropiezos, penetren hasta lo mas íntimo del corazon; y uniendo por la fuerza del sentimiento mas sublime y consolador á los habitantes de todas las zonas y de todos los climas, mejoren la miserable y abatida condicion de la especie humana.

En esas palabras proféticas á par que sublimes, pronunciadas por el Salvador cuando habia salido ya glorioso y triunfante de su sepulcro; en ese discurso brevísimo que dirige á sus discípulos á la faz del cielo y de la tierra, magistrosamente colocado entre cuarenta siglos que le habian precedido, figurado en su historia, representado en su sacerdocio y anunciado por la voz de sus Profetas, y los nuevos é innumerables que le iban á seguir, llevando por todas partes su nombre y su doctrina; en esas palabras, repetimos, está formulada la noble y santa mision del orador evangélico, la constitucion divina del apostolado y el rango sublime de la elocuencia sagrada. Mas para sentir mejor el ser divino de un *arte* que no lleva este nombre sino por concecion, y mejor caracterizado quedaria con el nombre de *poder*, es necesario penetrar un poco mas en el sagrado texto, y

considerar lo que pasa entre Jesucristo y sus apóstoles en aquel dia solemne, eternamente célebre en los fastos de la Iglesia católica, en que el uso de la palabra recibió, digámoslo así, la imposicion de las manos, y consagrado por el Eterno Sacerdote, sancionado por el Redentor del mundo, tuvo ya el carácter indeleble de una institucion divina, que habia de mantener en activo y santo comercio hasta la consumacion de los siglos las tres grandes demarcaciones de la Iglesia universal, la que milita en el tiempo, la que se purifica mas allá del tiempo y la que reina con gloria en la eternidad.

I.

Llegado el dia señalado en los eternos decretos para constituir el ministerio de la elocuencia sagrada, los once discípulos que habian permanecido fieles, partiendo para Galilea, se dirigieron á la montaña, lugar del misterioso emplazamiento. Reunidos allí estaban, cuando viendo aparecer á Jesucristo, cayeron en tierra para rendirle sus tributos de adoracion. “Acercándose Jesus entónces, dice el Evangelista, les dirigió la palabra en estos términos: *A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra: id pues, é instruíd á todas las naciones en el camino de la salud, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y estad ciertos, que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos* (1).”

Comencemos por observar todas las circunstancias que aquí se reunen para dar á las palabras de Jesucristo y á la situacion moral de los apóstoles un carácter extraordinariamente solemne: el tiempo, el lugar, la accion. Pudo sin duda Jesucristo haber hablado sobre esto y comunicado el sublime poder de la palabra desde que llamó al primer pescador, desde que tuvo el primer discípulo, desde que dió las primeras lecciones acerca del eterno designio de salud que le habia traído á la tierra: pudo hacerlo en la montaña, desde donde mostró á las turbas los títulos únicos con que podian aspirar á la bienaventuranza; pudo hacerlo en el

(1) Math. cap. XXVIII, vv. 18, 19 y 20.

Tabor, donde la voz del Padre, hiriendo el horizonte desde las alturas, consagró la palabra de su Unigénito, mandando que se le escuchase como al Hijo del Dios vivo; pudo hacerlo en el Cenáculo, donde bajando su grandeza hasta los piés de sus discípulos, para poder levantar hasta los cielos sobre las anchas y profundas basas de la humildad el edificio augusto de la virtud, caracterizó á los que habian de merecer el nombre de representantes suyos en la tierra; pudo hacerlo en el Calvario, pues que habia llegado la época profetizada por él mismo, de atraerlo todo á su persona, levantado él, como ya lo estaba, sobre la cruz, y revelado plenísimamente su poder en la independencia y soberanía con que iba á recibir la muerte, y en la magestad y ternura con que puso la corona de la inmortalidad sobre las sienes de un ladron arrepentido, momentos ántes de abandonar la tierra. Mas no lo verificó entónces; y como en la conducta del Verbo hai lecciones de insondable profundidad, no ménos en lo que deja de hacer que en lo que practica, encierra sin duda un pensamiento grande la eleccion del tiempo que escoge de intento para armar á sus ministros con el irresistible poder de la palabra divina. Este tiempo está situado entre su gloriosa resurreccion y su vuelta triunfante al reino de los cielos. Colocóse entre dos épocas de plenitud, por decirlo así: una en que se habia ya consumado para las doctrinas, para la lei, para el sacerdocio, para las costumbres, para el culto, para la humanidad, para el cielo y la tierra, la inmensa revolucion que, trayendo su origen desde el primer suspiro del hombre delincuente, habia de tocar á su término en el último suspiro del Salvador del mundo; y otra en que, árbitro ya de la creencia, como lo era de la vida y de la muerte, empezaban á correr los bellos siglos sobre la Esposa de los Cantares, la nueva Jerusalem, la santa Iglesia católica; en que se daba el primer paso por sus representantes y ministros hácia ese sendero de flores y de espinas, de gloria y de sangre, de tribulaciones y consuelos, de vicisitudes y de paz, que habia de mantener perdurablemente indelebiles las huellas del apostolado, para que pudiera decirse de generacion en generacion por cuantos estuviesen inspirados por la fe, la esperanza y la caridad: *¡Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bo-*

na! (1) ¡Cuán maravillosos y bellos los piés de estos que así atraviesan por el mundo, repartiendo, con las palabras que se desprenden de sus labios, los goces inefables de la paz y los inmortales bienes prometidos á la virtud!

Al contemplar ese instante solemne, al ver cómo en una fraccion tan pequeña del tiempo se recogen los siglos sin embarazarse ni confundirse, la imaginacion se inflama, y cree asistir al espectáculo mas sublime que puede presentar la historia en la serie de las grandes instituciones. Jesucristo marcha siempre entre siglos proféticos y siglos rendidos á su poder, entre generaciones que le esperan y generaciones que le adoran; y colocado en esa montaña de Galilea durante la época de que hablamos, se anuncia en medio de una corte inmensa, mostrándose al través de tantas glorias como vienen á aglomerarse sobre su persona augusta; habla con el tono único que debia sentar á su rango divino; manda con el reposado continente de quien domina sin obstáculo sobre la verdad y la virtud, sobre la inteligencia y el corazon, sobre el temor y la esperanza. Los apóstoles que reunidos allí estaban, no sabian lo que Jesucristo les iba á decir; pero mil veces habian visto la magestad en su frente, el poder en sus manos, y la naturaleza á sus piés: ignoraban el porvenir, y tal vez no comprendian lo presente; pero su rendida y tierna adoracion altamente convencia de que poseian la ciencia de lo pasado, y á la vista de Jesucristo, los siglos todos venian en tropel á apoderarse de sus almas, anunciándoseles como el Deseado de las naciones y el Salvador del mundo.

II.

Pasemos á contemplar la simple localidad. Esa montaña presente y ausente á un mismo tiempo al espectáculo del mundo, desde la cual podia mui bien distinguir cada discípulo su cuna de pescador, para poder inaugurarse en el nuevo reino con el título de Apóstol, y sentir la necesidad de andar siempre apoyado en el brazo de Jesus, para no desfallecer bajo el peso de tanta grandeza; ese lugar simbólico que determinaba tal vez las dimensiones y las distancias con que habia

(1) Rom. cap. X, v. 15. Vid. Is. cap. LII, v. 7.

de aparecer entre los cielos y la tierra la tribuna sagrada, para que la palabra que edifica bajase y no corriese, atrajese las miradas y el corazón en vez de caminar con ellos paralela, y todo esto asociado allí mismo el orador con Jesucristo, para que quedasen reconocidos y fuesen respetados esos derechos eternos que, siempre embestidos por adversarios, no han cedido jamás ni bajo la cuchilla de los verdugos, ni ante la magestad de los reyes, ni á la ironía de los filósofos; esa altura desde donde habian de predicarse las cosas que se escuchan al oído, sin otra preparacion que una venda misteriosa en la inteligencia y una confianza ilimitada en el corazón; esa montaña, repetimos, colocada en la soledad para independerse de la tribunas profanas repartidas en el foro, á fin de que la palabra de Dios nunca bajase á contender con la palabra del hombre, ni los miserables intereses de la celebridad y el talento arrastrasen la inspiracion divina y la mision venerable al tribunal de la literatura y de la crítica con mengua de aquel principio sublime que radica en una lei con admirable discrecion los derechos de Dios y los del César: esa colina santa y misteriosa, volvemos á decir, nos presenta el recinto en que se inaugura el reino de la elocuencia sagrada rodeado de magestad, respetable como una tierra bendita, bañado con el esplendor de los cielos, y dominando toda la tierra.

III.

¿Y el movimiento de la accion? ¡Ah! ¡qué sencillo para la historia! pero ¡cuán significativo para la religion! ¡qué sublime para la filosofía!

La obediencia, el respeto, la sumision, docilidad y fe de los discípulos, simbolizaban sin duda los grandes atributos morales del sacerdocio católico, y sobre todo ese desprendimiento magnánimo de la propia luz y de la propia fuerza, esa noble abnegacion del saber y de la inteligencia, que da tanto valor á los discursos del ministro evangélico. La puntualidad en Jesucristo parecia representar su asistencia continua, siempre que se tratase de volver por los intereses de su gloria y de su Iglesia, ya cuando se contendiese con los errores, ya cuando se atacasen los vicios, ya por último cuan-

do se afrontase con fortaleza y esperanza la mas desecha persecucion. Pudo comprenderse allí el sentido práctico de aquellas palabras con que Jesucristo habia querido prevenir la razon y la voluntad de sus ministros, para que no fuesen á vacilar por el sentimiento de su poca elocuencia, en las grandes situaciones que les redujesen al estrecho de imponer silencio á los enemigos de la religion con el irresistible poder de la palabra evangélica. “En la presencia de los magnates y frente á frente de los reyes, dejad correr la inspiracion por vuestros labios, sin deteneros á pensar lo que habéis de decir. Tened fe en la promesa que os hago de no abandonaros un solo instante. El esplendor de mi espíritu inundará vuestras almas, la sabiduría del Verbo llenará vuestros discursos; porque no seréis vosotros, en verdad, quienes hablaréis entónces, sino el Espíritu de luz y de fuerza, el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, el Espíritu de uncion y de poder será quien dirija vuestra razon y gobierne vuestros labios. Descuidad enteramente de las formas; ellas vendrán siempre á enseñorearse de las situaciones; y miéntras vuestra palabra humilde abate á los enemigos de mi gloria, el cielo bendecirá vuestros trabajos, y el mundo mismo aplaudirá vuestras conquistas (1).

El alma que contempla ese cuadro á la luz de la historia y de la fe, se rinde y avasalla bajo el movimiento, único aunque invisible, que se agita en la accion de ese drama misterioso, en que va á sancionarse para siempre la existencia religiosa, moral y divina de la palabra.

En estas circunstancias Jesucristo rompe el silencio, y dirigiéndose á sus apóstoles, comienza inculcándoles la idea fundamental que habia de servir de base al noble y magestuoso edificio que iba á levantar en la tierra, inspirado por su caridad ardiente y movido por el celo de la gloria de su Padre. Trátase de inaugurar en el mundo, como una institucion divina, la elocuencia sagrada; pero la elocuencia es toda poder, porque el poder es todo inteligencia y accion moral. Si se tratara de mover las enormes masas que parecen desafiar toda la fuerza, esa materia bruta que gravita sobre la tierra; la Mecánica lo haria todo, y no habria que

(1) Math. cap. X, vv. 19 y 20. *Version parafrástica. Véase el texto.*